

NOSTALGIA

Carolina Díaz

Para los niños y para mí era un hábito visitar a mi mamá en domingo, más si era en los fríos brazos del invierno; no así cuando se trataba de mi esposa. Ella con desagrado decía que tenía mejores planes de domingo que visitar a una «india decrepita» que solo teje.

Aunque repudiaba la forma en la que trataba a mi madre, el buen vivir que tenían mis hijos era una sólida pared que me separaba del divorcio. A pesar de su gran desagrado por nuestro intento de matrimonio, mi madre ponía buena cara y obsequiaba algunas de sus obras. Los niños eran felices al recibir ese montaje.

Esa era la fotografía que tenía frente a mí: mi madre entregando a mis hijos unos abrigos a mano con la sonrisa más sincera, la sonrisa de una abuela. En el caso de mi esposa, quien recibía por obligación mía, eran las más elaboradas.

Cada domingo regalaba algo. Antes de comer iba a un mueble casi nuevo, uno que le di de regalo, y entregaba desde guantes hasta pantalones, todos hechos por el mismo telar, uno que ella tenía desde mi tierna niñez. Mis hijos lo recibían con inocencia, mi esposa con desgano, a mí solo me tocaba ceder ante las insistencias.

Cada vez que recibo un abrigo hecho por sus manos, mis ojos se desvían al cuadro de mi padre. Aunque hecho y firmado por mi tío, jamás dejó de ser el orgullo de la morada. Ahí se podía ver a un campesino erguido, orgulloso de su trabajo y su familia, levantando con aparente alegría su sombrero hecho con paja por mi difunta abuela.

Al irnos, era prácticamente un hábito que la pequeña y humilde tienda de mi madre se encontrara cerrada, el poder distinguir todo el polvo en las repisas y mostrador. Me dolía que sus esfuerzos no dieran una recompensa, mínimo monetario. Sin embargo, su longevo corazón lo sintetizaba de otra forma.

Mis sugerencias de seguir vendiendo a un público general eran ignoradas por sus viejos oídos; sus arrugadas manos no hacían nada más que tejer prendas y amasar pan. Nunca comprendí el por qué de su actual oficio. Las respuestas que mi desinformada mente necesitaba me fueron dadas una vez que nos quedamos a dormir.

Mi esposa había ido con su hermano, mis hijos dormían en mi antigua habitación y yo, bebiendo un café, miraba a mi cansada madre tejer una vez más. La curiosidad me ganaba desde niño, así que otro hábito mío era preguntar directamente, cosa que hice.

«¿Para qué tejes si no vendes nada?». Mi pregunta quedó en el aire. Un rato después, y gracias a mi insistencia, mi madre suspiró alejando un poco la vela a su costado, creo que con dualidad de pensamientos: por un lado lista y por otro no.

«En el conflicto tu padre fue llamado a defender los límites de este pueblo. Cuando supe que no volvería dejé de vender». Su respuesta casi me hizo soltar la tasa. Volteándola para verla más detenidamente, noté unas cascadas descender de sus ojos.

«Un día dijo que adoraba verme tejer». Siguió con un tono más nostálgico que antes, ganando más mi atención. «El padre me dijo que, para sanar mi alma, reservara los telares solo para su sangre».

Mi conciencia no fue recibida por Morfeo esa noche. Pensaba y pensaba en las últimas frases dichas por mi madre. Frotaba mi espalda en el sofá moderno para pasar una mano por mi rostro, queriendo comprender lo que era, de una u otra forma, el consuelo de mi madre.

Recuerdo los días del conflicto, los días en los que mis ropas eran robadas por bandidos o animales salvajes, el cómo despedí a mi padre por última vez, su mano cálida en mi rostro junto a su sonrisa, y sus últimas palabras luego de la despedida con abrazo de mis padres: «Cuida que tu madre no se corte tejiendo, ¿sí?».

AÚN NO SOMOS MARIPOSAS

Elena Lagos

Desde pequeño, Víctor era muy apegado a su madre. Compartían varios pasatiempos, tales como la jardinería, pintar y disfrazarse juntos.

A pesar de la disminución de actividades por los estudios de Víctor, su cariño hacia ella jamás mermó.

Al llegar la noche, dormían juntos.

Era usual en él llegar agotado, así que no fue de extrañar que no se percatara de las orugas escarbando en el cadáver con el que dormía.

LO DE MAMÁ

Magdalena Adasme

Desde que tengo memoria sus ojos de color café han estado brillando, como cuando alguien observa solo un atardecer a la orilla del mar, uno de los pasatiempos preferidos de mamá.

A través de sus ojos también se puede apreciar la soledad que ha transcurrido por aquel par de ventanas luminosas, años de esfuerzo e innumerables logros. Son los ojos de mamá.

Los ojos de mamá son pequeños como el cuesco de una pequeña cereza. Muchos se lo han dicho a lo largo de su vida, a lo que ella responde con una sonrisa, la cual hace que sus ojos se vean aún más pequeños.

Esa sonrisa que recuerdo siempre cuando estoy sola por las calles, devolviendo miradas a quienes se me quedan observando y no sé cómo actuar. Aunque no siempre he visto a mi madre sonreír. Ver sus diminutos ojos es muy gracioso, la verdad. Porque, desde que tengo memoria, ella me enseñó a sonreírle al mundo, aunque las cosas estén yendo mal, a veces muy mal. Porque ella así lo ha hecho siempre.

Cuando era pequeña regresaba del trabajo o de la universidad, usualmente de ambos, y en sus ojos se notaba el cansancio, por supuesto, pero aún así tenía tiempo para pasarse uno que otro nivel de *Plants vs. Zombies* en el computador conmigo, o para revisar mis cuadernos de tareas que ella misma me dejaba para que aprendiera caligrafía, porque mamá sabía que esa era una de mis actividades favoritas cuando niña, al igual que pintar, algo que hasta hoy en día hago.

Recuerdo que un día llegó a casa con un set de óleos y un cuadro. Ese día comencé a pintar cuadros. Lo que antes era un papel empapado en ténpera, se convirtió en un cuadro colgado en el living de la casa que mamá había comprado no hace mucho en aquel entonces. Recuerdo que le dijeron que era muy joven como para comprar su propia casa; pero a mamá no le importó, y esa casa con mucho esfuerzo y ruido de taladros y martillazos mal hechos por mi parte, se convirtió luego en el hogar de nosotras, nuestro perro y mi pequeña hermana.

Pero antes de que esa hermosa niña llegara a nuestras vidas, yo también fui pequeña.

Recuerdo esas tardes de verano en Concepción, en alguna playa cuyo nombre olvidé, cuando el mar se reflejaba en nuestros ojos y el sol se despedía dándonos nuevos colores para observar, conociendo personas de todas partes, de diferentes zonas del país, o de vez en cuando de diferentes países, personas que se acercaban a mamá para hablarle, lo cual sucede hasta hoy, a lo que ella aún no le encuentra razón.